

gado íntegramente al delirio de la civilización mecánica.

El navío entra sucesivamente en el Golfo de México, en el delta amarillo del Mississippi y en el puerto humeante de Nueva Orleans, estruendoso de máquinas y oliente a carbón. Acodado en la borda, Duhamel exclama: "He aquí América." Mas, en realidad, lo que aparece ante sus ojos es la ampliación exagerada de Europa, la visión futura de Europa, o sea el espectáculo de un país que experimenta el fenómeno típico del apogeo capitalista e industrial. En una palabra, lo que el viajero ve es "la otra América".

CINEMA

Asistimos a la infancia del cinema. Hace muy pocos años comenzó a andar, y ahora está aprendiendo a hablar y a tener una que otra idea propia. No está educado todavía y nos da la impresión de que ha vivido hasta hoy entre boxeadores, "girls" y vaqueros americanos. De la vida ha tomado tan sólo la gesticulación exterior e ignora casi en absoluto los percances del pensamiento moderno y las aventuras del espíritu.

Mas es preciso confesar que, pese a esta infancia vulgar y desordenada, el cinema tiene un ancho horizonte en la vida futura. Está almacenando recursos para la hora de su madurez despejada y consciente. La costumbre del roce directo con la muchedumbre le servirá para su tamaño definitivo de orientador de pueblos.

Pero para cumplir este superior destino, el cinema tiene que emanciparse, ante todo, de la tutela económica que le acanalla y le explota. Los empresarios norteamericanos le han enseñado a prostituirse por unos cuantos céntimos y le han hecho olvidar su auténtico rol. El film actual exhibe todos los días sus mismas habilidades en todas las pantallas del mundo, al son de una musiquilla remendada y mendicante.

Georges Duhamel, con sus lentes que le sirven para ampliar las dimen-

siones de las cosas y penetrar en su entraña secreta, está contemplando el barajar incesante de sombras y de imágenes movibles en uno de los cinemas de la Unión. Liberal "a la inglesa", Duhamel rechaza todo lo que de alguna manera puede afectar a su libre albedrío, todo lo que puede corromper la atmósfera pura de pensamiento en que vive y respira su individualidad. Duhamel es centinela de su espíritu y guardián de su parcela de libertad y, ante el espectáculo semibárbaro del cinema actual que obra como un opio degradante en la conciencia del hombre de estos tiempos, levanta su maldición de profeta. Dirígese su anatema principalmente contra la música de cine que coopera con el film al embrutecimiento de la multitud. "Esta es la falsa música—dice el observador—. Música en conserva. Esto sale del matadero de música como las salchichas del almuerzo salen del matadero de cerdos. Sí! Debe haber allá lejos, en alguna parte, en el centro del país, una inmensa construcción de ladrillo negro, cabalgada y hendida por los arcos de un "elevado". Es allí donde asesinan a la música. Allí es donde muere estrangulada por unos cuantos negros, como los lechones del Middle-West. Es acogotada por brutos cansados y medio dormidos. La descuartizan, la salan, la espolvorean con pimienta y la cuecen. A eso se da el nombre de discos. Es la música en cajas de conserva."

"...Esta es una especie de pasta musical, anónima e insípida. Pasa y corre sin descanso. Está embutida de trozos conocidos, seleccionados probablemente por sus relaciones momentáneas con el "texto" cinematográfico. ¿Los novios van a atravesar el ecran? Pues he aquí que de esta melaza musical surge de golpe la "Marcha Nupcial" de Lohengrin. Diez compases nada más. ¿Por qué milagro éstos se encadenan súbitamente a la "Sinfonía Militar" de Haydn? Es porque el ecran acaba de vomitar un desfile de infantería..."

Urge trabajar por la redención del

cinema. No debemos perder la esperanza de verlo colocarse a la cabeza de la cruzada de la cultura, en cuyas filas militan la radio, el periódico y el libro. Hay que pensar en lo que sería el cinema, no como medio de explotación, sino como instrumento de difusión cultural, arrancándolo de manos de los empresarios fenicios y entregándolo a sociedades artísticas, científicas y educativas.

El cinema norteamericano, que es el que cuenta tal vez con mayor número de adelantos materiales, es el más atrasado en lo que se refiere a su desenvolvimiento interior. Falta de invención, uniformidad desesperante de asuntos, técnica arbitraria, desconocimiento de todo factor ideológico y psíquico, gusto exagerado por la pseudohazaña, son las características del film yanqui. Los empresarios norteamericanos se han preocupado tan sólo de aumentar la "fuerza exterior" del cinema, dotándolo de todos los mecanismos necesarios a su perfeccionamiento material. El sonido y el color han venido a enriquecer el film moderno que se conquista gradualmente los públicos de todo el mundo. Mas, a pesar de la policromía y la sincronización, el cine continúa siendo un espectáculo cándido e infantil, como fue el guiñol o el teatrillo de fantoches. Es que le falta un gran soplo espiritual que le anime y le incorpore realmente a la vida. El film ruso, el alemán y el eslavo han iniciado ya esta obra de adaptación humana, que es una segunda creación.

EL CULTO DE LA MAQUINA Y DE LA PUBLICIDAD

Sobre los tejados corren alfabetos eléctricos. Las fachadas de las casas están cubiertas de una floración luminosa y los altoparlantes gritan, dialogan y cantan sobre la muchedumbre, en todas direcciones. Bocinas que aúllan como mastines, campanillas persistentes y agudas, timbres irradiantes como dolores nerviosos, sirenas de barcos que mugen bovinamente, pitos de sonido perforador desgarran el aire de la gran urbe. Pasan sin

descanso los automóviles de antenas de luz, los tranvías—con su ombligo de cristal iluminado por dentro—, los ómnibus, que son los verdaderos paquidermos de la circulación urbana, los trenes elevados, que subrayan el cielo con su veloz trazo de oro. Debajo del suelo ruedan como torrentes de hierro los trenes subterráneos. Máquinas y hombres pululan por todas las avenidas y pascos, y se precipitan en las plazas formando la peligrosa ruleta del tráfico. Los anuncios lo cubren todo como una vegetación monstruosa: en el pavimento florecen letreros de colores; por las fachadas trepan enredaderas de palabras; los tejados y las cúpulas se coronan de resplandores acrobáticos; en el aire navegan súbitas claridades; rubrican el cielo con sus iluminaciones los aviones de propaganda.

Los hombres ya no se comprenden entre ellos porque han empezado a hablar las máquinas. Por todas partes resuenan coros de hierro y de acero. Máquinas para cortar y para rehacer, para aserrar, moler, pulverizar; máquinas para tejer, coser, hilar y deshilar, destruir y componer; máquinas para destilar, quemar, fundir; máquinas para mezclar, dilatar, reducir, calcular, andar y ver. Máquinas para fabricar salchichas y para ajusticiar a los reos. Máquinas para suprimir la descendencia y para lactar a los niños. Máquinas para conducir otras máquinas y para jugar al ajedrez. Solamente no se ha inventado todavía, dice con suave ironía el profesor Alfred Siegfried, "la máquina para coger fresas".

Este es el espectáculo de la civilización mecánica que nos ofrecen los Estados Unidos. Civilización baconiana—como la define justamente Duhamel—"porque descansa toda entera sobre las aplicaciones del método inductivo". Las creaciones materiales del hombre, multiplicándose hasta sobrepasar todas las fantasías, amenazan reducir cada vez más los dominios del espíritu. Las máquinas que al principio se inventaron para la economía del esfuerzo, para la ayuda